

POLÍTICA COMO CIENCIA Y POLÍTICA COMO IDEOLOGÍA: UN VIEJO DEBATE

WILLIAM GUILLERMO JIMÉNEZ BENÍTEZ*
ORLANDO MENESES QUINTANA**

Resumen

La postulación de una ciencia social libre de valores, como condición de honestidad intelectual, buscaba contraponer el conocimiento científico a otras formas de saber, así como construir un estatuto epistemológico suficiente para acceder a una identidad propia dentro de la institución universitaria. Tal búsqueda concebía una lógica interna de la investigación científica como teoría pura a partir de datos comprobables y separados de las creencias del investigador. Su causa era la ciencia por la ciencia

misma. El desarrollo de la teoría crítica concibió esta posición como insostenible, dadas las particularidades de las ciencias políticas y sociales; la economía, por ejemplo, nunca podrá estar libre de valoraciones sobre las condiciones del mercado. Cada posición trae consecuencias para el campo de la ciencia política y para el oficio del politólogo, que puede participar de la condición de científico, asesor u opinador. Como reacción a una posible instrumentalización proselitista de esta disciplina, actualmente parece surgir una reconsideración de la propuesta weberiana que atienda a la pérdida de identidad

* Posdoctor, Universidad Libre de Ámsterdam (Países Bajos); abogado y administrador público. Profesor titular, Facultad de Derecho, Universidad La Gran Colombia y ESAP (Colombia). Grupo de investigación Teorías del Derecho, la Justicia y la Política (Categoría A–MinCiencia). [william.jimenez@ugc.edu.co]; [https://orcid.org/0000-0002-0914-9181].

** Candidato a doctor en Filosofía. Profesor asociado, Facultad de Derecho, Universidad La Gran Colombia, Bogotá D.C. (Colombia). Grupo de investigación Teorías del Derecho, la Justicia y la Política (Categoría A–MinCiencia). [orlando.meneses@ugc.edu.co]; [https://orcid.org/0000-0001-7870-7119].

Recibido: 11 de junio de 2025 / Modificado: 24 de septiembre de 2025 / Aceptado: 29 de septiembre de 2025

Para citar este artículo:

Jiménez Benítez, W. G. y Meneses Quintana, O. (2025). Política como ciencia y política como ideología: un viejo debate. *Opera*, 38, 11-28.

doi: <https://doi.org/10.18601/16578651.n38.02>

y de su estatuto específico, presa de intereses ajenos a la ciencia misma.

Palabras clave: teoría crítica; anarquismo epistemológico; proselitismo; Estado de derecho; información; opinión.

POLITICS AS SCIENCE AND POLITICS AS IDEOLOGY: AN OLD DEBATE

Abstract

The advocacy of a value-free social science, as a condition of intellectual honesty, sought to contrast scientific knowledge with other forms of knowledge, as well as to construct an epistemological status sufficient to access its own identity within the university institution. Such quest conceived an internal logic of scientific research as pure theory based on verifiable data, separate from the researcher's beliefs. Its cause was science for science's sake. The development of critical theory conceived this position as untenable, given the particularities of political and social sciences; economics, for example, can never be free from assessments of market conditions. Each position has consequences for the field of political science and for the profession of political scientist, who may participate as a scientist, advisor, or opinion maker. In response to the potential exploitation of this discipline for proselytizing purposes, there appears to be a current re-evaluation of Weber's proposal that addresses the loss of identity and specific status, which has fallen prey to interests outside the realm of science itself.

Keywords: Critical theory; epistemological anarchism; proselitism; rule of law; information; opinion.

INTRODUCCIÓN

La ciencia política lleva auestas una larga tradición de reflexión acorde con la importancia de los fenómenos que analiza (campo de estudio); y aun así parece sufrir actualmente una crisis de identidad que la invita a romper con todo lo anterior para fundarse sobre nuevas bases, participando con ello de la mentalidad y la cultura que caracterizan la época, escéptica frente a toda fuente de autoridad. A pesar de esta corriente mayoritaria asociada a la sociología de la ciencia, se explora aquí la alternativa de inspiración weberiana, que quiere recuperar el legado de cuatro siglos, y con tal base reconstruir el campo de estudio, los temas y el aparato conceptual que desde su origen han querido definir el estatuto epistemológico de la reflexión teórica sobre los fenómenos políticos. Para tal empeño resulta crucial la relación entre el Estado de derecho, los medios de comunicación y la opinión pública. El problema de investigación así planteado hace referencia a las condiciones de posibilidad para una ciencia de los fenómenos políticos, y el papel que juega en ello la ideología subyacente a tales fenómenos, a su interpretación y al consecuente conflicto irreductible entre valores. Si el analista constata sucesos de reificación del orden existente, de restauración de un ordenamiento en crisis o refundación de uno nuevo sobre principios

y valores alternativos, ello plantea varios problemas teóricos: si en la recolección, interpretación y presentación de los datos está tomando una posición a favor o en contra de lo que observa; si cabe en ello una evaluación de su honestidad intelectual, entendida ya como búsqueda de conocimiento objetivo, ya como ejercicio de emancipación al valorar un ordenamiento social como injusto; si sus intereses sobre el conocimiento dan lugar a diferentes metodologías de investigación y, con ello, a realidades distintas; y si el analista es consciente del problema sobre el estatuto epistemológico y la función de la “ciencia” que cultiva.

METODOLOGÍA

Se ha recurrido al análisis documental sobre autores, textos y temas que han dado dinamismo al debate. La definición de ciencia política conlleva, en sí misma, una disputa ideológica derivada del examen sobre las visiones del mundo (*Weltanschauung*) identificables en el discurso público, y sutilmente diferenciadas del concepto de ideología (*ideologie*), como el realizado por Karl Marx, Wilhelm Dilthey, Karl Mannheim o Karl Jaspers. Si toda explicación de la realidad social es interesada, entonces ellas reflejan un conflicto entre valoraciones –de tal manera que el postulado de una ciencia libre de valoraciones es ideológico en sí mismo–. Tal punto de partida deja en un lugar secundario la discusión sobre el método o la pertinencia de los instrumentos (cuantitativos y cualitativos), por lo que el análisis documental

conlleva una aproximación hermenéutica sobre el contexto del debate acerca de las condiciones de posibilidad para una ciencia de los fenómenos políticos, reconociendo que la confrontación ideológica les es constitutiva. De ahí el ejercicio de retrospectiva y prospectiva a través del cual se constata que la producción bibliográfica y hemerográfica inclina la balanza a favor de la imposibilidad de la neutralidad valorativa, y con ello, de la imposibilidad misma de una ciencia política; posición que es discutida por sus efectos de desorientación sobre una opinión pública interesada en la comprensión de los fenómenos políticos, dados sus efectos en la vida cotidiana. Finalmente, tras la presentación de los puntos clave del debate, se analiza el problema conceptual relacionado con la distinción antigua entre *doxa* (como libre opinión) y *episteme* (como conocimiento teórico), diferencia que al resultar descuidada suele presentar al politólogo como un prosélito de causas partidistas, y a la ciencia política como un instrumento atascado entre el encubrimiento y la emancipación, y para el cual resulta espuria la cuestión sobre el conocimiento objetivo, distanciado y contrastable.

LA REFLEXIÓN CIENTÍFICA SOBRE LA POLÍTICA NACE EN UN CONTEXTO DE CRISIS: LA SITUACIÓN LÍMITE DE MAX WEBER

El *Diccionario de política* precisa:

En su significado débil ideología designa el *genus* o una *species* variadamente definida de los sistemas de

creencias políticas: un conjunto de ideas y valores concernientes al orden político que tienen la función de guiar los comportamientos políticos colectivos. El significado fuerte tiene origen en el concepto de ideología de Marx, entendido como falsa consecuencia de las relaciones de dominación entre clases, y se diferencia claramente del primero porque mantiene en el propio centro, diversamente modificada, corregida o alterada por los distintos autores, la noción de falsedad: la ideología es una creencia falsa. (Bobbio, 2002, p. 755)

Alternativamente, el *Diccionario Blackwell* de ciencia política señala:

En su *Ideología política* (1962), Robert Lane estudió las actitudes mentales de quince americanos corrientes; partió de la hipótesis de que sus ideas sobre el sistema político se basaban en un somero conocimiento de la constitución y la declaración de independencia adquirido en los años escolares; su investigación confirmó ampliamente sus premisas iniciales, ya que las ideas de los investigados resultaban bastante oscuras: carecían de información y del hábito de razonar. Las actitudes mentales son casi siempre perspectivas borrosas sobre el mundo. (Bealey, 2003, p. 219)

Según *The Concise Oxford Dictionary of Politics*:

Los filósofos materialistas suelen afirmar [...] que el intelectual, consciente de la relatividad e historicidad de las ideas, es capaz de liberarse de las ataduras de la ideología. Pero una vez comprobado desde la observación causal que los intelectuales son más aptos que otros para ver los dos lados de un argumento, inmediatamente se ven en peligro de colapsar en un

idealismo hegeliano [...] según el cual la historia toma la forma de una progresiva liberación del espíritu respecto de la ideología, culminando en la libertad absoluta. (McLean, 2009, p. 256)

Y, finalmente, el *Diccionario enciclopédico de sociología* señala: “En el sentido del lenguaje cotidiano, el concepto de ideología aporta vulgarmente un acento peyorativo, porque se emplea en contraste con ‘realidad’, ‘objetividad’ y ‘verdad’. Por tanto, la ideología representa una dejadez de objetividad en las ciencias sociales y, por consiguiente, un error” (Hillmann, 2005, p. 453).

El ejercicio propuesto es una muestra de desarrollo conceptual en diferentes escuelas y en distintas épocas, el cual puede ser hecho por cualquier ciudadano informado que espera orientación de los expertos. El marco interpretativo señalado exhibe la tensión entre la demanda social de certidumbre, la crisis en las fuentes de autoridad, y la sobreafluencia de propuestas en la sociedad de la información (Lyon, 1996).

La misma ansiedad epistemológica puede evidenciarse en cualquiera de los conceptos centrales de la ciencia política, como “poder”, “democracia” o “pueblo”, temas que reciben una creciente atención en los sofisticados medios de información, programas de debate y opinión; y ello debido a que los ciudadanos experimentan en su vida cotidiana la confluencia entre los fenómenos económicos, políticos, jurídicos y mediáticos. De esta manera, los politólogos y los ciudadanos del común comparten el mismo espacio de la política caracterizado por la incertidumbre,

el eclecticismo y la mutabilidad, es decir, la esfera de la opinión y del mercado (Vallès, 2016, p. 65).

En sus célebres conferencias de 1917 y 1919 en Múnich, Max Weber dio inicio al debate sobre las complejas relaciones entre ciencia y política (Weber, 1995). En ellas plantea los temas básicos de la discusión que han hecho carrera, y que han sido presentados periódicamente en la prestigiosa revista *Max Weber Studies* de Londres. Resulta sintomático ya en el origen, el contexto en el que el sociólogo de Heidelberg fue invitado a hablar públicamente (Josephson-Storm, 2017, p. 297; Radkau, 2011, p. 922). Las consecuencias de la derrota en la Gran Guerra se sentían en toda su crudeza, las acusaciones mutuas sobre la culpa se manifestaban abiertamente, y Max Weber aceptaba una candidatura al parlamento estatal. “La conferencia que, accediendo a sus deseos, he de pronunciar hoy, los defraudará por diversas razones” (1995, p. 81). Se impone una burocracia universitaria que selecciona el cuerpo docente en función de afinidades ideológicas; se espera de este funcionariado un compromiso institucional medido en el sistema de ascensos y otros estímulos; el joven profesor debe ganar el favor del mayor número posible de estudiantes y proyectar influencia institucional, todo lo cual conlleva un acercamiento a la empresa privada y una adecuación profesional a las demandas sociales; en esta trama es menos importante la capacidad intelectual y la publicación académica, que no siempre coinciden con los índices de popularidad; así, no hay nada raro en la práctica de ceder

a la militancia política –en la coyuntura de la Revolución de Noviembre que pone fin a la monarquía y preludia Versalles!– (Weber, 1995; Rudkau, 2011).

“Distinguidos oyentes: en el terreno de la ciencia solo acredita personalidad quien se entrega pura y simplemente al servicio de la causa” (Weber, 1995, p. 195). La política práctica es el ámbito del oportunismo, la transacción y el compromiso, el cálculo estratégico, el antagonismo regulado y la competencia por los recursos de poder (Weber, 1995). La investigación científica, por el contrario, exige honestidad intelectual (*Ehrlichkeit*), una máxima capacidad de autodomínio respecto a los valores subjetivos, pues su “causa” es la investigación pura, la caza objetiva y metódica de los datos (Weber, 1995). Si los datos contradicen las expectativas del investigador/científico, bien estas son reorientadas en sentido ascético y aséptico, bien los primeros son manipulados para hacerlos coincidir con los intereses proclamados. Cabe aún una tercera vía: el investigador es capaz de separar las creencias y la actividad científica como órdenes independientes, de tal manera que su escala de valores no incide en su actividad profesional, en sus resultados y en su publicación.

Como conclusión, Weber declara: “Los valores últimos y más sublimes han desaparecido de la vida pública y se han retirado, o bien al reino ultraterreno de la vida mística, o bien a la fraternidad de las relaciones inmediatas de las personas entre sí” (1995, p. 229). La ciencia no está diseñada para responder a los problemas últimos de la vida humana, y

no se puede ser a un mismo tiempo político y científico; la honestidad intelectual obliga a separar estos dos ámbitos: como científico no se tienen opiniones políticas, y como político no se presentan evidencias científicas (Josephson-Storm, 2017).

La primera oleada de críticas a esta posición provino de la asociación del término *Beruf* con la ciencia, dadas sus connotaciones religiosas: *vocatio*, ‘llamado’; a continuación, la crítica apuntó hacia las opiniones políticas del propio Weber (Piedras, 2004, p. 129). Así se creó una confusión al juzgar la obra a partir de sus declaraciones ideológicas. Acaso este padre fundador no atinó a definir suficientemente qué es la ciencia (-política) ni, por tanto, cuál es el compromiso del científico, si lo hay; su crítica al sistema universitario denuncia o encubre las manifestaciones de mezquindad y deslealtad en la academia, reconociendo o desmintiendo el oportunismo también en el trabajo científico –dando lugar a ciencia de izquierda y de derecha–. La honestidad intelectual es negacionismo o confesión, o quizás a la crítica no le ha interesado atender a la intuición de Weber: ciencia y política son distintas o son lo mismo, con las debidas consecuencias.

CUALQUIER APROXIMACIÓN CIENTÍFICA A LA POLÍTICA ES YA UNA POSICIÓN POLÍTICA SOBRE LA REALIDAD HUMANA (PROSELITISMO Y HONESTIDAD)

Los estéticos modernos [...] parten del supuesto explícito (como Gyorgy Lukács) de que ya existen obras de arte, y se preguntan después cómo es posible que

suceda esto y que tenga sentido. Cuando nos empeñamos en hallar por la fuerza una concepción artística monumental, surgen esos lamentables esperpentos [...] Las profecías lanzadas desde la cátedra podrán crear sectas fanáticas, pero nunca una auténtica comunidad. (Weber, 1995, pp. 227-230)

Sin embargo, el siglo XXI certifica que efectivamente la política como estética (y como espectáculo) ha logrado imponerse –aun si los críticos no desean advertir la ironía en aquellas palabras–. Jürgen Habermas y Pierre Bourdieu cierran el debate en favor del compromiso político del científico. El primero fundamenta contundentemente su tesis acerca de la imposibilidad de escapar de él, a no ser como autoengaño culpable (Geuss, 1981, pp. 45-54); el segundo desarrolla la perspectiva del “realismo reflexivo” sobre la crítica a la teoría del discurso de Habermas –en su tendencia a despolitizar las relaciones sociales rebajando la política a un ejercicio puramente ético–, y en favor de una acción política que transforme las estructuras sociales y sus fuentes de poder (Vázquez, 2002, p. 223); coinciden, así, en la función del politólogo como agente social de cambio o conservación, por lo que la honestidad consiste en presentar abierta y francamente tales intereses. En su formulación clásica:

Existe una conexión sistemática entre la estructura lógica de una ciencia y la estructura pragmática de las posibles utilidades de la información [...] Estos dos puntos de vista expresan intereses que guían el conocimiento y que, antropológicamente, están profundamente arraigados [...] De aquí que los intereses cognoscitivos técnico y práctico no sean direcciones

de la cognición que deberían ser excluidos por mor de la objetividad del conocimiento; más bien ellos mismos determinan el aspecto bajo el cual puede ser objetivada la realidad y, en esta medida, el aspecto bajo el cual puede hacerse accesible por vez primera la experiencia. (Habermas, 1987, p. 20)

El científico social debe ser consciente de las consecuencias prácticas de su trabajo, dada la creciente demanda de información y orientación por parte del público respecto de problemas cruciales, lo cual implica también los presupuestos teóricos y metodológicos:

El honor de las ciencias consiste, desde luego, en aplicar infaliblemente sus métodos sin reflexionar sobre el interés que guía al conocimiento. En la medida en que no saben metodológicamente lo que hacen, tanto más ciertas están las ciencias de su disciplina, vale decir: del progreso metódico dentro de un marco no problematizado. La falsa conciencia tiene una función protectora. Pues en el plano de la autorreflexión a las ciencias les faltan los medios para afrontar los riesgos de una conexión, antaño contemplada, entre conocimiento e interés. (Habermas, 2005, p. 178)

De tal manera, que la honestidad intelectual debe llevarlo a reconocer públicamente la estrecha relación de su investigación con la expansión funcional del capitalismo y la burocracia, participando así de los problemas propios de la modernidad: “Las ciencias han retenido una cosa de la filosofía: la ilusión de la teoría pura” (Habermas, 2005, p. 179). Malestar cuya corrección pasa por la adecuación de la tarea científica en términos de relaciones de poder:

En el ejercicio de las ciencias orientadas hacia la crítica interviene aquel interés emancipatorio del conocimiento [...] El interés cognoscitivo emancipatorio posee un estatuto derivado. Asegura la conexión del saber teórico con una práctica vivida, es decir, con un ‘dominio objetual’ que no aparece sino bajo las condiciones de una comunicación sistemáticamente deformada y de una represión sólo legitimada en apariencia. Por ello es también derivado el tipo de experiencia y de acción que corresponde a este dominio objetual. (Habermas, 1982, pp. 324-325)

Por su parte, Pierre Bourdieu ya ha asumido el problema del trabajo científico como denuncia, incluso con su dura crítica a la idea misma de ciencia:

La epistemología es siempre muy difícil. Creo que nadie tiene ganas de ver el mundo social tal como es, hay muchas maneras de negarlo [...] Cuando se quiere huir del mundo tal como es, se puede ser músico, se puede ser filósofo, se puede ser matemático. Pero, ¿cómo huir de él siendo sociólogo? [...] Para llegar a ver y a hablar del mundo tal cual es, hay que aceptar estar siempre en lo complicado, lo confuso, lo impuro, lo vago, e ir de este modo contra la idea común de rigor intelectual. (Bourdieu, 2021)

Yendo desde el ejercicio excéntrico de la autocrítica: “Este esbozo para un autoanálisis no puede no reservar un lugar a la formación de las disposiciones asociadas a la posición de origen, respecto a las cuales es sabido que, en relación con los espacios sociales dentro de los cuales se actualizan, contribuyen a determinar las prácticas” (Bourdieu, 2006, p. 117), hasta la crítica sin compromisos de la institución escolar en general:

Esta especie de “coincidencia de los opuestos” ha contribuido, sin duda, a instituir de forma duradera la relación ambivalente, contradictoria, con la institución escolar, compuesta de rebeldía y de sumisión, de ruptura y de expectativa, que, tal vez, constituya el origen de una relación con el propio yo asimismo ambivalente y contradictoria. (Bourdieu, 2006, p. 139)

Como conclusión sobre la superación de la propuesta weberiana, Bourdieu presenta la ciencia social como ejercicio de crítica radical:

Si el sociólogo llega a producir aunque fuere un poco de verdad, no está bien que él tenga interés en producir esa verdad, sino porque existe interés. Lo que es exactamente lo contrario del discurso un poco tonto sobre la neutralidad. Este interés puede consistir, como en todas partes, en el deseo de ser el primero en hacer un hallazgo y de apropiarse de todos los beneficios asociados, o en la indignación moral, o en la rebelión contra ciertas formas de dominación y contra aquellos que las defienden dentro del campo científico. (Bourdieu, 2021)

No se puede ser más contundente y diáfano en la presentación de un testimonio —como lo hicieron Nietzsche en *Anticristo*, Kierkegaard en *Mi punto de vista* o Agustín y Rousseau en sus *Confesiones*—; y en la defensa de esa causa que postula como único compromiso válido lo que realmente se puede esperar de él: “Los investigadores también pueden hacer algo más nuevo, más difícil: favorecer la aparición de condiciones organizacionales para la producción colectiva de la intención de inventar un proyecto político

y, segundo, de condiciones organizacionales para el éxito de la invención de semejante proyecto, que será evidentemente un proyecto colectivo” (Bourdieu, 2021).

Sus estudios sobre la creación y reproducción de los recursos de poder, así como sobre su monopolio y disputa social, constituyen un legado imprescindible para ser explorado en este siglo (Bourdieu, 2011; Piketty, 2014). De ahí los pintorescos apelativos con los que se busca promocionarlo: “agente provocador” (Grenfell, 2004), “arte marcial” o “deporte de combate” (Bourdieu, 2010). En una trayectoria similar, aunque con claras diferencias también, hicieron carrera Jean-François Lyotard (1993) y Anthony Giddens (1999).

DESARROLLOS DE LA CIENCIA POLÍTICA SIN PLANTEARSE EL PROBLEMA DE LA ÉTICA/IDEOLOGÍA

Hasta aquí se ha dejado escuchar a los protagonistas dada la contundencia de sus palabras y la imposibilidad de traducción en términos suaves, lo que denunciaría una intención falsificadora. Sin embargo, en la literatura pertinente es posible identificar una cierta actitud escéptica por parte de círculos académicos asociados a esa *scholarship* blanco de tantos dardos —o culturas académicas, si se quiere (Lepenies, 1994)—. En estos se aprecia alguna perplejidad acerca de cuál es allí propiamente el campo objeto de disputa, e incluso la identificación de una actitud cuasirreligiosa, ideológicamente inflexible y

con visos autoritarios, aunque sin dedicarle atención explícita en publicaciones (Grigsby, 2012). El desarrollo de algunos esfuerzos significativos por delimitar el objeto y el método de la ciencia política, al margen del debate ideológico, se presentará sucintamente en este último apartado.

Ya los mencionados Lyotard –con su tesis del fin de los metarrelatos– y Giddens –con su propuesta de renovación para la socialdemocracia/laborista– muestran independencia respecto a los postulados de la teoría crítica, por lo que se han hecho acreedores a los mismos reproches de Marx a Ferdinand Lasalle: actitud transaccional y claudicante (Gartman, 2015). O Norbert Elias, con su propuesta metodológica de sociología histórica más cerca de la perspectiva de Weber que de la de Marx (Elias, 1990, 1994).

También Hannah Arendt había advertido el carácter intransigente de estas propuestas, y en particular respecto al condicional: si el politólogo no emancipa entonces reifica, sin alternativas. En *Sobre la revolución* había postulado la distinción analítica entre el espacio de la sociedad y el espacio de la política (2006, pp. 78-152), siendo que su confusión fue una de las causas que permitió el advenimiento del totalitarismo. Precisamente por eso resulta imperativo preservar el ámbito político como independiente, en el sentido de que este no define los contenidos de la política práctica, sino que es el espacio para la deliberación y gestión estratégicas –teniendo en cuenta a la oposición como alternativa de poder– (Arndt, 2019, pp. 47-82). Cerrar este espacio es la supresión de toda política.

Esta propuesta es inaceptable para la teoría crítica, pero señala hacia un campo específico de la ciencia política: ¿son distintas las perspectivas del científico y la del ciudadano común? Teniendo en cuenta que uno y otro ejercen su derecho al sufragio y a la veeduría democrática, el proselitismo suele percibir la academia como escenario de plaza pública en el que los profesores/investigadores están abocados a la notoriedad, defendiendo una u otra causa en espacios de opinión. En esta lógica de aprobación puede caerse en la tentación –denunciada por Max Weber– de usar el aula para adoctrinar o promover partidos y candidatos, reforzando la percepción errada de que el desencanto hacia la política es también un desencanto hacia la ciencia (-política).

Tal conflicto de versiones ante el tribunal de la opinión pública, apenas normal en los espacios mediáticos, se traslada a la academia en términos ajenos a los estrictamente metodológicos y conceptuales, anteponiendo, como se vio arriba, la indignación moral y el interés emancipador a la teoría y a la investigación especializada. En términos habermasianos, “una politización en el sentido de la autorreflexión de la ciencia no es sólo legítima, sino que representa también la condición de una autonomía de la ciencia que ya no puede preservarse hoy apolíticamente” (Habermas, 1987, p. 359). Según Weber, la ciencia no tiene la capacidad de dar sentido a la vida promocionando o rechazando determinados valores –según Habermas y Bourdieu sí–, borrando la frontera entre ética de la convicción (*Gesinnungsethik*) y

ética de la responsabilidad (*Verantwortungsethik*) como fundamento de la neutralidad valorativa (*Wertfreiheit*).

Un ejemplo de tal traslado puede ser “Doing Post-Western sociology in Central and Eastern Europe before and after the Great Change: some epistemological questions” (Koleva, 2020), en el que se sugiere que los cambios en el contexto (caída del Muro de Berlín) determinan de alguna manera cambios en la epistemología y en la metodología. En consecuencia, se han presentado algunos intentos –tímidos, minoritarios y audaces– por recuperar la independencia y especificidad del campo científico (Campos, 2009; Cárnez, 2021). Estos quieren denunciar la ideología subyacente a la falacia naturalista que confunde el análisis de lo que las cosas son de hecho con lo que las cosas deberían ser. “Es cierto que la incertidumbre crea desasosiego, la incertidumbre inquieta; por eso, entre otras cosas, queremos saber, para estar tranquilos. Saber que detrás de la floresta no acecha la mortal alimaña, saber que cuando me jubile tendré una pensión para estar tranquilo [...] El astrólogo también apacigua, a su manera, mi ansia de saber”, incluso en forma de profecía autocumplida que orienta el comportamiento individual y colectivo (González, 2016, pp. 111-112).

Otra anécdota –aunque en un ámbito distinto– es el ruido mediático que se produjo alrededor del estudio paleográfico sobre algún papiro encontrado en Qumrán

(es decir, documentos bíblicos antiguos), cuando se comprobó que el destacado profesor de teología Kurt Aland manipuló un programa informático llamado Ibycus alterando los datos para adaptarlos a sus propias tesis (Thiede, 1992). Ante una confusión tal, y para evitar que el politólogo renuncie al carácter científico de su investigación con el postulado de que tal carácter no existe –apartándose así del anarquismo epistemológico programático (Bourdieu, 2001)–, algunos trabajos asociados a la *scholarship* arriba señalada pretenden avanzar en el desarrollo de ese carácter, por tres vías en particular: precisión conceptual, consolidación del campo específico de la ciencia política, y estudios sobre la opinión pública (Vallès, 2015).

Respecto al primer punto, Giovanni Sartori expresa bien este programa ciertamente alternativo respecto a la corriente crítica dominante, al admitir que

... la no valorabilidad (*Wertfreiheit*) es un “principio regulador” y no un principio constitutivo. Conclusión que no solo le devuelve a la discusión sus debidas proporciones, sino que además clarifica sus términos. Mientras la neutralización de los valores resulta, cuando menos para la ciencia política, un principio regulador de fundamental importancia, la elisión¹ de los valores se presenta como un principio constitutivo que está por demostrarse. Quien suscribe la primera *Wertfreiheit* no está obligado a suscribir la segunda. Y es la segunda *Wertfreiheit*, en mayor medida que la

¹ Frustrar, debilitar, desvanecer.

primera, la que le brinda argumentos a quien predica una ciencia “valoradora”, que es a la vez mala filosofía y pésima ciencia. (Sartori, 2013, p. 253)

Coincide con Weber respecto a que el activismo, la vocación de poder y la implementación de políticas públicas son objeto de la ciencia y no su objetivo.

Por otra parte, este programa está atento a tres riesgos en la investigación: el énfasis excesivo en las variables y datos cuantificables que, aunque antídoto eficaz contra la ideología, suele caer en un formalismo vacío; el prurito descriptivo o explicativo de los fenómenos políticos sin ninguna pretensión teórica o de síntesis; y el problema de la interpretación no caprichosa de los datos (Mejía, 2004, p. 78).

Con estas precauciones se indaga a partir de qué elementos cabe elaborar el conocimiento sobre la política. Robert Keohane se muestra moderado:

Nuestra definición de “investigación científica” es un ideal al que toda investigación cualitativa y cuantitativa, incluso la más cuidadosa, solo puede aproximarse. Sin embargo, necesitamos definir lo que es una buena investigación, y para ello utilizamos la palabra ‘científica’ como calificativo. Esta palabra tiene muchas connotaciones injustificables, inapropiadas o, para muchos investigadores cualitativos, completamente incendiarias. (2000, p. 18)

A partir de estos criterios programáticos se busca una mayor precisión respecto a temas y conceptos clave como manejo de las finanzas públicas, regla fiscal, regulación o

liberalización de mercados, Rusia y las transformaciones del autoritarismo plebiscitario, la inexactitud en el uso corriente de los términos fascismo o Guerra Fría, la expansión no contestada de China, el ascenso de los movimientos de ultraderecha en Europa y Estados Unidos, migración, etc., todos los cuales demandan un estudio ponderado de su funcionamiento y consecuencias prescindiendo de valoraciones (Grygsby, 2012; Vallès, 2015).

En el segundo aspecto sobre el campo específico de la disciplina, se busca evitar la descomposición en innumerables temáticas independientes, avanzando hacia un sistema coherente que involucre los diferentes enfoques y marcos metodológicos a partir de datos comprobables. Aún así, el programa logra identificar el espectro básico del análisis a partir de la estructura y función de los sistemas políticos, el complejo papel de la comunidad internacional (incluyendo las ONG), el análisis comparativo de procesos sincrónicos y diacrónicos (sociología histórica), los diversos tipos de administración pública con sus fallos o limitaciones (índices de transparencia), entre los más relevantes (Grygsby, 2012; Vallès, 2015).

El autor Philip Pettit, que fomentó un resurgimiento del republicanismo, presenta una síntesis de sus reflexiones durante treinta años, identificando como aspectos centrales del trabajo en ciencia política: el poder de la ciudadanía como ejercicio colectivo, el problema del poder constitucional y extra-constitucional de la ciudadanía, el análisis de las que denomina teorías “constrictivas”

y teorías “reificadoras” de ciudadanía, y el avance hacia una concepción económica de la ciudadanía, todo ello dentro de las lecciones del convulsionado siglo xx (2023, pp. 173-224). Cabe señalar que Pettit fue asesor del presidente José Luis Rodríguez Zapatero y actualmente del PSOE.

A propósito de esta consideración del constituyente primario, de su comportamiento y decisiones, de su apoyo o crítica que puede propiciar el cambio de gobierno, un aspecto clásico de la disciplina desde una perspectiva contemporánea tiene que ver con las dimensiones de la democracia y su relación con las instituciones y el derecho (Estado de derecho). Robert Dahl (1915-2014) entregó algunos de los trabajos más decisivos en esta materia, como *La democracia y sus críticos* (2002) o *La democracia* (2022). Pero un trabajo que está siendo releído en la perspectiva señalada es “La toma de decisiones en una democracia: la Corte Suprema como una institución que crea políticas públicas” (2007). En la presentación se lee: “Publicado originalmente en 6 J. Pub. L. 279 (1957). Reimpresión honoraria. En el año 2000 el artículo fue elegido como el primer ganador del premio Harcourt Brace College Publishers, que reconoce a algún artículo con más de diez años de antigüedad y que haya dejado una huella duradera en el campo del derecho y la jurisprudencia”. Este artículo dio lugar a la frase que ha hecho carrera desde entonces: “Theoretical reason embodied in science; practical reason embodied in law” (Blokland, 2016, pp. 212-230).

Norberto Bobbio es uno de los autores que más avanzó en las relaciones entre

política y derecho, y en particular desde el tema hobbesiano sobre derecho, fuerza y principio de legitimidad (2022, pp. 241-250). Metodológicamente, respecto a la función del jurista comparada con la del sociólogo, el analista italiano sostiene:

En la actual tendencia sociologizante de la ciencia jurídica, hay que remarcar la diferencia entre la labor del jurista y la del científico social [...] Acercamiento no quiere decir confusión [...] Es increíble cómo se pasa fácilmente de un extremo al otro según sopla el viento: del tecnicismo jurídico al sociologismo. No hay que confundir los materiales de los que uno y otro pueden disponer con el modo en que estos mismos materiales son utilizados. (Bobbio, 2022, p. 190)

Porque el Estado de derecho presenta estas dos caras que es preciso comprender por parte de la ciudadanía, la externa de legitimidad y la interna de juridicidad. Así lo expresa: “Si se recurre a la distinción propuesta por Hart entre punto de vista interno, que es el propio del jurista, y punto de vista externo, que es el del sociólogo, la diferencia, aunque no siempre apreciada y continuamente puesta en cuestión por falta de claridad o por deseo barato de originalidad, es netísima” (Bobbio, 2022, p. 191). El analista se ve abocado a presentar los resultados de su investigación en foros académicos y de divulgación, entre los cuales suelen borrarse las fronteras entre el politólogo y el opinador, el encuestador, y los medios como barómetros de opinión que miden las tendencias en un momento determinado.

De ahí el tercer aspecto, y el que genera más trabajos actualmente, referente a los

estudios sobre la opinión pública (Labarrière, 2001; Monzón, 2017). Como ya se señaló, el politólogo no debería enfocar sus investigaciones hacia el objetivo de influir sobre la opinión o buscar su adhesión —aunque, como se ha mostrado, esta es una posición minoritaria y cada vez más contestada—. Teniendo en cuenta la creciente influencia del marketing político sobre los procesos electorales y los índices de popularidad (Huang, 2023), el programa descrito busca establecer la diferencia entre el papel del politólogo como científico, como asesor y como ciudadano común.

Los estudios sobre comportamiento electoral y procesos de decisión se enfocan en las técnicas de medición y estrategias publicitarias, que suelen generar tensión entre el Estado de derecho y el Estado de opinión. También se han enfocado en el estudio de las “mayorías silenciosas” y el reto de cómo analizarlas ya que no se expresan; ello implica el importante asunto de qué porcentaje de la población participa realmente en la vida política, y qué porcentaje es necesario para que la democracia funcione adecuadamente; y de manera derivada, el tema de qué significan los altos índices de abstención electoral, y si hay alguna relación con la increencia en la objetividad de los analistas y de los medios (Labarrière, 2001, pp. 9-18). “La ideología aflora en afirmaciones y propuestas de carácter impresionista asociadas a líderes y colectivos políticos [...] Y también adoptan formas estructuradas formuladas en la exposición de intelectuales y teóricos” (Vallès, 2015, p. 282).

El carácter comunicativo de la acción política resulta esencial para su comprensión, por lo que cobran mayor importancia los estudios sobre el lenguaje empleado en la expresión de demandas colectivas:

El carácter común a la ciencia y a la política es el de que ambos son espacios de intercambio de palabras [...] Ahora bien, el lenguaje del político con el que le habla a los ciudadanos es el idioma corriente. Es un idioma cuyas significaciones son, por lo menos, heredadas y no decididas libremente. Si bien en la práctica científica siempre es lícito corregir la definición de los términos que se utilizan, en la práctica social no se los puede renegociar. (Labarrière, 2001, pp. 138-139)

Como la dependencia social respecto de los centros que controlan la información es creciente, las estrategias de comunicación, las agendas políticas subyacentes y la influencia de las firmas encuestadoras son otros temas de primera importancia en la investigación actual. Por lo tanto, el diseño metodológico busca rastrear sus manifestaciones en: a) *agenda setting* o delimitación de los temas que serán objeto de atención; b) desviación de la atención presentando sucesos “mediáticos” alternativos a aquellos que se quieren ocultar; g) el personal técnico especializado en el control de la información; d) las decisiones de los ciudadanos conscientes de los escándalos mediáticos; e) el nivel de influencia de los intelectuales en comparación con el de otros líderes no especializados; f) el nivel de comprensión ciudadana respecto del funcionamiento del Estado, el papel del sistema jurídico y del sistema de pesos y

contrapesos; en consecuencia, g) los niveles de aprobación y apoyo a las instituciones, siendo así que una característica típica de los populismos autoritarios es su despliegue de comunicación y la coincidencia de la opinión pública con la ideología del régimen (Vallès, 2015, p. 274).

A MANERA DE SÍNTESIS

Los autores que presentan una defensa abierta de la neutralidad valorativa en la investigación politológica, y que publican sus reflexiones al respecto, no constituyen legión. Sin embargo, ello no implica que tal posición no exista. Sí es creciente el número de publicaciones que presentan resultados de investigación y que dedican un espacio importante a la discusión metodológica y a los instrumentos de análisis, con base en los cuales se soportan las conclusiones adoptadas. Ejemplos significativos al respecto son los clásicos manuales *El diseño de la investigación social* (Keohane, 2000), *A New Handbook of Political Science* (Goodin, 1998) o *Enfoques para el análisis politológico* (Losada, 2008), entre otros. En estos se evidencia una ausencia de debates ideológicos en favor de la crítica teórica y conceptual.

Por otra parte, autores como Chantal Mouffe, Noam Chomsky o Slavoj Žižek ejercen abiertamente una crítica al sistema vigente (político, económico, cultural),

asumiendo banderas asociadas a movimientos sociales reconocidos. En esta actitud beligerante son seguidores de Pierre Bourdieu y su afición a participar en asambleas como los Encuentros europeos para la precariedad laboral de 1997 en Grenoble, o su famosa intervención en la estación de Lyon con motivo de las huelgas de 1995 (Bourdieu, 1999). En sus publicaciones ponen el diseño y los resultados de su investigación al servicio de causas que defienden, y exhiben tales compromisos como sus intereses del conocimiento. De ahí que sus publicaciones resulten apreciadas en proyectos editoriales de nicho², tal como lo había hecho Carlos Marx al redactar el *Manifiesto comunista* como encargo de la Liga de los comunistas para contribuir a su plataforma ideológica.

A esta constatación sobre las estrategias de publicación hay que sumar la programación de foros de divulgación científica y el mercado de revistas de amplia circulación internacional, en los que se puede evidenciar la orientación entre difusión y opinión calificada. Empresas en las que se pueden contrastar los dos caminos señalados y que se evidencian en las asociaciones nacionales e internacionales de ciencia política, así como en foros de alto impacto mediático —*Foreign Affairs*, *The Economist*, *National Interests*—, cuyos autores también suelen ser panelistas en programas de opinión y tener columnas de opinión en periódicos.

² Como ejemplo ver catálogo en <https://www.monde-diplomatique.fr/publications>.

A diferencia de la función de los medios de comunicación cuya orientación ideológica es abierta y comprensible, la disputa por el método implica el debate por la función de la ciencia política tanto en el ámbito estrictamente académico como a través de los medios de divulgación y mercadeo editorial. Al constatar una creciente necesidad social de comprensión de los fenómenos políticos, dadas las consecuencias en la vida cotidiana, la función de los expertos ensancha sus horizontes de tal manera que, para unos, y a manera de ejemplo, los movimientos de reivindicación social en las calles son ocasión para expresar su apoyo intelectual, mientras que, para otros, estos movimientos son precisamente su objeto de estudio.

La intuición de Max Weber respecto a si el investigador social (político) en su condición de ciudadano (opinador) debe renunciar a una ética de la convicción conserva su vigencia, siendo que sus reflexiones surgen en un contexto en el que él mismo participó en una campaña electoral, y como tal pudo constatar síntomas de incompatibilidad en la misma fórmula: ciencia al servicio de la reificación o ciencia al servicio de la revolución.

CONCLUSIÓN

La tesis weberiana sobre la neutralidad valorativa ha sido contundentemente contestada, dejando el espacio abierto para el trabajo científico como proselitismo. Sin embargo, también se advierte –sobre todo en este siglo– una reacción no siempre explícita a las pretensiones emancipatorias,

fuertemente ideologizadas, en dirección de una reflexión sobre el estatuto científico de la política como disciplina especializada.

Ello implica una revaloración del papel del politólogo como ciudadano y como experto, bien en la dirección que niega diferencia alguna, bien en la pretensión de honestidad intelectual que lo impele a reconocer ámbitos separados de su acción: como científico, como asesor y como opinador. La cuestión es de mayor importancia ya que pone en juego la carga valorativa de conceptos centrales a la ciencia política en contraposición con una concepción aséptica, objetiva y comprometida solo con la lógica interna de la investigación científica, así recuperada.

La propuesta de Max Weber ha sido estudiada principalmente por los especialistas en su obra, como el grupo de estudios compilado en la revista *Max Weber Studies*, Vol. 9, No. 1 y No. 2 de julio de 2009, y el texto ya canónico al respecto de Jay A. Ciaffa titulado *Max Weber and the Problems of Value-Free Social Science* de 1998. Aunque un propósito importante en ellos es robustecer la tesis de la “pureza” metodológica, no obstante, esta escuela ha hecho recensión del carácter crítico del sociólogo de Erfurt respecto a los procesos de profesionalización académica.

Scholarship, entendido el término como un campo reglado de principios y prácticas institucionalizadas conducentes a la generación de conocimiento científico y a su divulgación entre la comunidad académica, ha implicado el desarrollo de una fuerte industria editorial con criterios lucrativos y de sostenibilidad financiera. Este escenario

estimula la competencia por la circulación y el posicionamiento de los productos sobre métricas de consumo y reconocimiento de prestigio, construidas sobre índices no pocas veces artificiosos. Estrategia que suele conducir también a la participación de *scholars* con gran apoyo institucional en medios de comunicación, incluso como colaboradores permanentes, de la misma manera que lo hacen en revistas especializadas, periódicos de amplia circulación o redes sociales.

Allí exhiben incluso un carisma mediático, contrastando sus posiciones con las de otras figuras relevantes, con la posible consecuencia de una rutinización del carisma (*Routinisierung von Charisma*). Esto puede ocurrir cuando un *scholar* logra reconocimiento por su exposición en medios y su opinión resulta equiparada a la de no expertos, como la de personajes públicos pronunciándose sobre asuntos de seguridad o salubridad. Dado que deben expresarse en los términos que el gran público puede entender, suele confundirse la sola opinión (*doxa*) con la competencia científica y profesional (*episteme*). Además, se da el caso cada vez más común de profesionales en ciencia política, bien actuando como asesores de una campaña específica, bien como candidatos ellos mismos, haciendo pasar su competencia científica por el instrumento a partir del cual elegir.

Scholarship como medio de desempeño científico, en el entorno competitivo actual, conlleva el peligro de la consecución de adeptos, incluido el necesario mercadeo, en igualdad de condiciones con todo tipo de charlatanes como los seguidores del

“negacionismo” y otras teorías de conspiración, cuyo resultado es la desorientación de la opinión pública.

Es preciso reconocer que, al respecto, los seguidores de Bourdieu y de la teoría crítica (posmodernos o posestructuralistas), tienen la honestidad de presentar una declaración de principios como preámbulo de su investigación, de tal manera que el proselitismo les es connatural. Con ello participan de una forma más transparente en la dinámica de las casas editoriales, vinculadas a las estructuras universitarias y volcadas hacia el mercado global, que son un importante medio de difusión para sus propios académicos. Otro debate sería indagar hasta qué punto están comprometidos con intereses ajenos a los estrictamente científicos, o qué entienden por competencia científica (en el sentido de un conocimiento cuyo objetivo es la emancipación). En uno y otro círculo hay investigadores que solo aparecen en eventos y asociaciones de la comunidad académica negándose a participar del mercado intelectual, con la consecuencia de que solo logran reconocimiento en los ámbitos académicos y según los criterios originales de la *scholarship*, la cual solía distinguir entre disciplina y profesión (Gorton, 2006).

Este juego dialéctico de perspectivas —si se permite la expresión— define los conceptos, temas y campos de investigación, así como el papel que el politólogo elige desempeñar, siempre en relación con el funcionamiento real de la cultura, la economía, el derecho y la política. Y de ese juego, de esa decisión, depende el grado de influencia que puede tener la ciencia política sobre la

opinión pública, ya en el sentido de apoyar una determinada posición política, ya en el de comprender distanciadamente los problemas que afectan la vida cotidiana.

REFERENCIAS

- Arendt, H. (2006). *Sobre la revolución*. Alianza.
- Arndt, D. (2019). *Arendt on the Political*. Cambridge University Press.
- Bealey, F. (2003). *Diccionario de ciencia política*. Istmo.
- Blokland, H. (2016). *Pluralism, democracy and political knowledge: Robert A. Dahl and his critics on modern politics*. NeRoutledge.
- Bobbio, N. (2002). *Diccionario de política*. Siglo XXI.
- Bobbio, N. (2022). *Contribución a la teoría del derecho*. Olejnik.
- Bourdieu, P. (1999). *Contrafuegos – Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2001). ¡Viva la crisis! Por la heterodoxia en ciencias sociales. En *Poder, derecho y ciencias sociales* (pp. 63-85). Descée De Brouwer.
- Bourdieu, P. (2006). *Autoanálisis de un sociólogo*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2010). *Sociology is a martial art: Political writings*. New Press.
- Bourdieu, P. (2011). *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (2021). *Entrevistas*. Bloghemia. <https://www.bloghemia.com2019/06/pierre-bourdieu-la-sociologia.html/>, consultado el 01/12/2025.
- Campos Arenas, A. (2009). *Métodos mixtos de investigación: integración de la investigación cuantitativa y la investigación cualitativa*. Editorial Magisterio.
- Cáñez Cota, A. (2020). Activismo e investigación: recuperando el concepto de neutralidad valorativa en la formación de tipos ideales. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales* 10(2).e077. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.12376/pr.12376.pdf
- Ciaffa, J. (1998). *Max Weber and the problems of value free social sciences*. Associated University Presses.
- Dahl, R. (2002). *La democracia y sus críticos*. Paidós.
- Dahl, R. (2007). La toma de decisiones en una democracia: la Corte Suprema como una institución que crea políticas públicas. *Revista jurídica Universidad de Palermo*, 8(1), 83-100.
- Dahl, R. (2022). *La democracia*. Ariel.
- Elias, N. (1990). *Compromiso y distanciamiento*. Península.
- Elias, N. (1994). *El proceso de la civilización*. FCE.
- Gartman, D. (2015). *Culture, class, and critical theory: Between Bourdieu and the Frankfurt School*. Routledge.
- Geuss, R. (1981). *The idea of a critical theory: Habermas and the Frankfurt School*. Cambridge University Press.
- Giddens, A. (1999). *La tercera vía: la renovación de la socialdemocracia*. Taurus.
- González, A. (2016). *¿Por qué es científica la ciencia?* Batiscafo.
- Goodin, R. (1998). *A new handbook of political science*. Oxford University Press.
- Gorton, W. (2006). *Karl Popper and the social sciences*. State University of New York Press.
- Grenfell, M. (2004). *Pierre Bourdieu : Agent provocateur*. Continuum.

- Grygby, E. (2012). *Analyzing politics: An introduction to political science*. Wadsworth.
- Habermas, J. (1982). *Conocimiento e interés*. Taurus.
- Habermas, J. (1987). *Teoría y praxis*. Tecnos.
- Habermas, J. (2005). *Ciencia y técnica como ideología*. Tecnos.
- Huang, H. (2023). *Consumer psychology: Theories and applications*. SAGE.
- Jiménez, W. y Meneses, O. (2020). La función de los expertos en tiempos de crisis: reflexiones sobre la sociología en la oscuridad. En *El derecho en tiempos de pandemia* (pp. 69-85). Universidad Libre.
- Josephson-Storm, J. (2017). *The myth of disenchantment: Magic, modernity, and the birth of the human sciences*. Chicago University Press.
- Keohane, R. (2000). *El diseño de la investigación social: la inferencia científica de los estudios cualitativos*. Alianza.
- Koleva, S. (2020). Doing post-western sociology in Central and Eastern Europe before and after the great change: Some epistemological questions. *Journal Chin. Sociology*, 7(20), 112-129.
- Labarrière, J. (2001). *Teoría política y comunicación*. Tecnos.
- Lepenies, W. (1994). *Las tres culturas: la sociología entre la literatura y la ciencia*. FCE.
- Losada, R. (2008). *Enfoques para el análisis politológico: historia, epistemología y perspectivas*. Universidad Javeriana.
- Lyotard, J.-F. (1993). *Political writings*. University College London.
- Lyon, D. (1996). *Postmodernidad*. Alianza.
- Max Weber Studies (2009). *Max Weber Studies*, 9(1-2).
- McLean, I. (2009). *The concise Oxford dictionary of politics*. Oxford University Press.
- Mejía, O. (2004). *La ciencia política: historia, enfoques y proyecciones*. Universidad Nacional de Colombia.
- Monzón, C. (2017). *Opinión pública, comunicación y política*. Tecnos.
- Pettit, P. (2023). *The State*. Princeton University Press.
- Piedras, P. (2004). *Max Weber y la crisis de las ciencias sociales*. Akal.
- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. FCE.
- Radkau, J. (2011). *Max Weber: la pasión del pensamiento*. FCE.
- Sartori, G. (2013). *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. FCE.
- Thiede, C. (1992). *The earliest gospel manuscript? The Qumran Papyrus 7Q5 and its significance for New Testament Studies*. Paternoster.
- Vallès, J. (2016). *Ciencia política: un manual*. Ariel.
- Vázquez, F. (2002). *Pierre Bourdieu, la sociología como crítica de la razón*. Montesinos.
- Weber, M. (1995). *El político y el científico*. Altaya.
- Weber, M. (2010). *Por qué no se deben hacer juicios de valor en la sociología y en la economía*. Alianza.